

Segundo Domingo de Cuaresma (A) – 1 de marzo de 2026 - Gen 12,1–4; 2 Tim 1,8–10; Mt 17,1–9

INTRODUCCIÓN

Imaginen recibir una postal de un lugar hermoso que nunca han visitado. La imagen es breve, un vistazo fugaz, pero algo en ella despierta admiración y esperanza. De repente, la rutina diaria se siente diferente: saben que existe un mundo más grande, lleno de luz y belleza. El Evangelio de hoy es como esa postal. La Transfiguración de Jesús nos muestra un adelanto de la gloria de Dios, un respiro de luz que fortalece a los discípulos antes de los momentos de prueba. Suben a una montaña—dejando atrás el lago y las redes—para contemplar a Jesús en una nueva dimensión. Su rostro resplandece, su ropa brilla. Aparecen Moisés y Elías. Y entonces la nube cubre todo y se escucha la voz: “Este es mi Hijo amado. Escúchenlo”. La fe nos invita a subir nuestras propias montañas, a dejar lo conocido para descubrir la luz de Dios en nuestra vida. Esos momentos de gracia, aunque breves, transforman la

mirada, sostienen la valentía y nos preparan para el camino que sigue. Hoy, mientras celebramos esta Eucaristía, abramos el corazón a este adelanto de la gloria de Dios en nuestra vida.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,

- revelaste tu gloria en la montaña para fortalecer a tus discípulos en el camino. Perdónanos cuando no veamos tu luz en las tormentas de nuestra vida.

Señor, ten piedad.

- nos llamas a escucharte, incluso cuando tu camino es difícil o exige sacrificio. Perdónanos cuando resistimos tu llamada o buscamos solo la comodidad.

Cristo, ten piedad.

- nos tocas con tu misericordia para levantar nuestro temor y despertar nuestra valentía. Perdónanos cuando dejamos que el miedo o la duda nos detenga.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios amoroso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos fortalezca para seguir a Cristo con valentía, incluso cuando el camino sea empinado o incierto. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de luz y gloria,
tú revelaste el esplendor de tu Hijo en la santa montaña.
Abre nuestros ojos a tu presencia en el mundo
y fortalécenos para seguirlo con fidelidad,
incluso en medio del sufrimiento y la prueba.
Ayúdanos a reconocer tu luz en los momentos ordinarios,
para que la esperanza y el valor guíen cada paso de
nuestra vida.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA: Un Adelanto que Vale la Pena Subir

HOMILÍA: Un adelanto que vale la pena escalar

Un amigo me contó una vez que, de niño, le gustaban más los avances de las películas que las propias películas.

Esos avances de treinta segundos mostraban las mejores escenas, la música se elevaba, el héroe se mostraba victorioso... y de repente la pantalla se ponía negra: “Próximamente”.

Lo más difícil, decía él, no era esperar la película. Era tener que volver a los deberes y las tareas después de haber visto ese atisbo de gloria. Sin embargo, ese pequeño adelanto lo cambiaba todo. Ahora sabía hacia dónde se dirigía la historia.

El Evangelio de la Transfiguración es exactamente eso: el tráiler de Dios. Un adelanto de gloria.

Y llega justo cuando más se necesita.

Jesús ha comenzado a hablar abiertamente sobre el sufrimiento, el rechazo y la muerte. Los discípulos están conmovidos. Pedro incluso trata de detenerlo: “¡Señor, no!” Este no es el camino por el que ellos se habían inscrito. Esperaban éxito, admiración, quizá incluso comodidad. No cruces.

Entonces Jesús hace algo inesperado. Toma a tres de ellos —Pedro, Santiago y Juan— y los lleva a lo alto de un monte.

Eso ya nos dice algo. Jesús realiza la mayor parte de su ministerio junto al mar de Galilea. Estos hombres son pescadores. Conocen botes, redes, tormentas y noches sin dormir. Las montañas no son su hábitat natural. Pero a veces la fe requiere que dejemos lo familiar para poder ver con claridad.

Conocí una vez a personas que pasaban todos los fines de semana escalando montañas. Cuando se acababan las locales, se iban al extranjero. Nunca compartí del todo su entusiasmo —prefiero los paseos planos—, pero entiendo la atracción. Desde la cima, todo se ve diferente. Incluso una colina pequeña puede cambiar por completo tu perspectiva. Por eso a muchos nos gusta un asiento junto a la ventana en un avión. Desde arriba, el desorden de abajo de repente tiene sentido.

Eso es exactamente lo que sucede en este monte.

Pedro, Santiago y Juan ven a Jesús como nunca lo habían visto. Su rostro brilla como el sol. Su ropa resplandece de luz. Se dan cuenta: este hombre que se cansa, que come con pecadores, que toca a los enfermos —pertenece de manera única a Dios. Vive plenamente en este mundo, pero está arraigado en otro: el Reino de Dios.

Entonces aparecen Moisés y Elías. Moisés —el que encontró a Dios en la montaña y solo después entendió lo que Dios había estado haciendo. Elías —el que descubrió que Dios no siempre está en las tormentas y el fuego, sino en un susurro suave. Pasado y futuro, Ley y Profetas, todo convergiendo en Jesús.

Y luego viene el corazón de todo: la nube y la voz —

“Este es mi Hijo amado. Escúchenlo.”

Los discípulos caen al suelo, aterrados. Y aquí hay un detalle profundamente humano y consolador del Evangelio: Jesús se acerca. Los toca. Y les dice: “Levántense. No tengan miedo.”

Dios no nos abruma para asustarnos. Se revela para fortalecernos.

No es de extrañar que Pedro exclame: “Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!”

Puede que nunca hayamos visto a Jesús brillar como el sol, pero muchos hemos tenido momentos en los que podríamos decir algo así. Momentos en que la vida de repente se sentía bien. Una conversación profunda a altas horas de la noche. Una pieza musical que nos detuvo en seco. Sostener a un recién nacido. Sentarse en silencio mirando el mar o un atardecer.

Escuché una vez de un sacerdote jesuita que trabajaba en una aldea muy pobre. Una tarde, un hombre de aspecto rudo lo invitó a su choza. El sacerdote dudó, pero fue. El hombre lo sentó de cara al horizonte. El sol se estaba poniendo en silencio. Después de un rato, el hombre dijo: “No tengo nada que darte. Pero pensé que te gustaría ver esto.”

Ese fue su momento de transfiguración. Puro regalo. Pura gracia.

Pedro, abrumado, sugiere construir tiendas. Es un instinto muy humano. Quiere hacer algo, fijar el momento, asegurarse de que no se escape. Hacemos lo mismo. Buscamos nuestros teléfonos para capturar el momento — a veces perdiéndonos el momento mismo.

Pero este no es un momento para hacer. Es un momento para recibir.

La voz desde la nube lo redirige suavemente: “Escuchen.”

Algunas gracias no se pueden organizar, almacenar ni controlar. Solo se pueden saborear. Como una celebración: si ya estás pensando en lavar los platos, pierdes su alegría. Cuando llegan esos momentos, nuestro llamado no es manejarlos, sino estar quietos, agradecidos y atentos.

Y cuando Pedro finalmente deja ir el control, sucede algo hermoso: Jesús se acerca y los toca.

Si nos permitimos estar quietos ante la gracia, el Señor también tocará nuestras vidas.

Pero la montaña no es el destino.

Deben descender —a discusiones, malentendidos, enfermedad y miedo. De vuelta a tormentas peores que las que enfrentaron en el mar. Y más allá: Jerusalén. Getsemaní. Gólgota.

La Transfiguración no elimina el sufrimiento del camino de Jesús. Lo redefine. La cruz no es la meta; es el camino. La gloria es la meta.

Por eso este momento llega aquí —cuando la oscuridad se acerca. La luz se da no para negar el sufrimiento, sino para hacerlo soportable.

Años después, Pedro recordará este momento cuando llegue la persecución. Dirá: “Fuimos testigos de su

majestad.” Cuando el valor falla, la memoria sostiene. El adelanto se convierte en fuerza.

Nuestras propias vidas se mueven entre el desierto y la montaña, entre la tormenta y la quietud. Los momentos dolorosos a menudo permanecen más tiempo en la memoria, pero el Evangelio de hoy nos invita a recordar también la luz. Esos momentos en los que fuimos sostenidos, consolados, fortalecidos.

Cambian nuestra manera de ver el presente. A menudo deseamos estar en otro lugar —otro trabajo, otras personas, otra vida. A veces el cambio es necesario. A veces Dios nos llama realmente, como a Abraham, a emprender un viaje. Pero muchas veces solo necesitamos ver más profundamente donde ya estamos.

Cada persona que encontramos es alguien de quien Dios podría decir: “Este es mi amado.”

Al final del Evangelio, Jesús dice a los discípulos que guarden silencio —por ahora. Algunas experiencias son

demasiado profundas para eslóganes. Están destinadas a vivirse. Las personas que viven desde un corazón transformado rara vez necesitan muchas palabras.

Permítanme terminar con una última historia.

Un guía de montaña dijo una vez que la parte más peligrosa de una escalada no es el ascenso, sino el descenso. La gente se relaja demasiado pronto. Olvidan lo que han visto. El escalador sabio baja despacio, llevando consigo el recuerdo de la vista.

La Transfiguración nos da esa vista.

Volvemos a la vida ordinaria —trabajo, responsabilidades, luchas— pero no iguales. Regresamos con una certeza silenciosa que arde dentro de nosotros: la luz es real, el amor es más fuerte que la muerte, y el viaje —por empinado que sea— conduce a algún lugar.

Y cuando el camino vuelva a hacerse pesado, que podamos escuchar las mismas palabras suaves que se nos dijeron:

“Levántense. No tengan miedo.”

INVITACIÓN AL CREDO

Unámonos para profesar nuestra fe, confiados en que la gloria de Dios nos sostiene en el camino:

Profesión alternativa para meditación personal:

Creo en el amor misericordioso del Padre,
que llamó a la creación a existir
y nos la confió para que la cuidemos según su voluntad,
para que todos los seres vivan en ella.

Creo en Jesucristo,
cuyo testimonio en palabra y obra
mostró el amor del Padre.
Es nuestro hermano y compañero de camino,
nuestro Salvador de lo perdido.
Compartió nuestra oscuridad
hasta que el Padre lo liberó del abismo de la muerte
y lo levantó a la luz de su gloria.
Creo en el Espíritu Santo,
amor entre el Padre y el Hijo,
fuerza de fe, esperanza y amor.
Está presente en la Iglesia de Cristo

y la guía hacia la plenitud de la verdad.

Es la gran invitación de Dios a hacer visible y tangible el amor trinitario en el mundo.

A través de nosotros desea continuar la obra de Jesucristo y un día darnos plenitud de vida en Él. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al acercarnos al altar con nuestros dones, recordemos que todo lo que tenemos viene de Dios. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso:

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios amoroso, el pan y el vino son regalos de tu bondad.

De tu mano recibimos lo que sostiene nuestro cuerpo y alma. Con este pan en el altar recordamos tu cuidado y tu preocupación por todos.

Fortalécenos en nuestro camino por la vida, y anímamos a cuidar unos de otros, para que un mundo según tu voluntad pueda crecer.

Con gratitud recibimos los frutos de la tierra

y los preparamos para esta celebración a la que nos has invitado.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Nos has llamado a seguir a Cristo con fidelidad, y nos has revelado el esplendor de su gloria, para que nos fortalezca en el camino de la fe.

Hoy, al recordar su Transfiguración, vemos un adelanto de la gloria que nos espera, y nos recuerda que la luz brilla más en los momentos de prueba. Incluso en la lucha, el sufrimiento o la incertidumbre,

tu luz nos llama a la esperanza, el valor y el amor.

Por eso te alabamos con todos los ángeles, y unidos celebramos con alegría: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Hermanos y hermanas, Jesús nos enseñó que podemos llevar todo a Dios en oración: nuestras alegrías, preocupaciones, temores y esperanzas.

No oramos solos, sino juntos, como una familia, confiando en que el Espíritu de Dios nos sostiene y guía. Unámonos ahora, de la mano, y oremos confiados en el amor de Dios:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
y protégenos en cuerpo, mente y espíritu.
Fortalécenos para resistir la tentación, actuar con valentía
y seguir a tu Hijo fielmente en el camino de la vida.
Que tu Espíritu nos guíe en cada decisión,
para que nuestras palabras, pensamientos y acciones
reflejen tu amor y tu luz en el mundo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, dijiste: “La paz les dejo, mi paz les doy.”
Concédenos esa paz hoy, y ayúdanos a llevarla al mundo.
Calma las tormentas que inquietan nuestro corazón,
sana las heridas de la ira o el resentimiento,
y abre nuestros ojos para ver tu presencia en cada
encuentro.

Danos valor para perdonar, paciencia para escuchar
y fuerza para actuar con misericordia, justicia y amor.
Que tu paz guíe nuestros pasos y brille en nuestra vida,
para que otros puedan vislumbrar tu gloria a través de
nosotros.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que revela la gloria de Dios y
camina con nosotros en nuestro camino.

Bienaventurados los que son llamados a este monte de
gracia, para recibir el Pan que nos fortalece para el
camino.

Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo,
pero solo di una palabra y mi alma será sanada.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
recordemos la cima de la montaña donde brilló la gloria de
Dios. Aunque volvamos a nuestras luchas diarias,
la luz que vislumbramos nos sostiene.

En el silencio, escuchemos a Jesús decir:

“Levántense. No tengan miedo.”

Que este alimento nos fortalezca para vivir con esperanza,
amor y coraje en los días que vienen.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de vida, te damos gracias por Jesús,
quien se entrega a nosotros y nos fortalece
a través de la Palabra de la Buena Nueva y el Pan de
Vida. Ayúdanos a llevar la luz de tu gloria a nuestra vida
cotidiana, a traer esperanza donde hay desesperación,
valor donde hay miedo y amor donde hay conflicto.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que la luz de Dios ilumine tu camino,

y que su valentía te fortalezca en las pruebas que vienen.
Que la esperanza guíe tus pasos, el amor llene tu corazón,
y la memoria de la gloria de Cristo te sostenga siempre.
Que el Dios fiel y amoroso los bendiga y proteja,
• el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.
Gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La Transfiguración nos recuerda que incluso breves
destellos de la gloria de Dios pueden sostenernos en los
desafíos de la vida. Busquen esos momentos de luz y
gracia durante la semana, y llévenlos consigo montaña
abajo, fortalecidos y sin miedo.

Lunes de la 2.^a semana de Cuaresma (10/02/2026)

Daniel 9,4-10; Lucas 6,36-38

INTRODUCCIÓN

Hay una historia sencilla sobre un hombre que caminaba por la vida cargando una pequeña libreta.

Cada vez que alguien lo ofendía o le fallaba, anotaba cuidadosamente lo sucedido.

Un día, un amigo le preguntó:

—¿Por qué sigues guardando esa libreta?

El hombre respondió:

—Para no olvidar.

El amigo, con suavidad, le dijo:

—Y si Dios tuviera una libreta así sobre ti, ¿cómo sería?

Hoy, las lecturas nos invitan a reflexionar sobre el pecado y la culpa: dos realidades que reconocemos más fácilmente en los demás que en nosotros mismos.

La Cuaresma no es una época para llevar cuentas, sino para abrir nuestro corazón.

Estamos ya en camino hacia la Pascua, y este tiempo nos ofrece la oportunidad de mirar nuestra vida con

honestidad, reconocer dónde necesitamos conversión y redescubrir la belleza de una existencia marcada por la misericordia y no por el juicio.

Hoy recibimos a Cristo entre nosotros:

Él, que nos muestra un Dios que no lleva registro de nuestras faltas, sino que se alegra cuando nos acercamos a Él y nos invita a vivir de la misma manera.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas,
confiando en la misericordia de Dios,
reconozcamos nuestros pecados
y preparemos nuestros corazones para celebrar los santos misterios.

Señor Jesús, tú nos das el mandamiento del amor.

Señor, ten piedad.

Señor Jesús, nos enseñas a vivir con compasión y generosidad. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, nos llamas a un nuevo comienzo en la misericordia. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que nunca lleva cuenta de nuestros pecados
y se alegra cuando volvemos a Él,
nos perdone todas nuestras faltas,
libere nuestros corazones del juicio y la dureza,
y nos renueve en compasión y generosidad,
para que caminemos en la libertad de sus hijos
y alcancemos la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios eterno,
para la salvación de nuestras almas
nos llamas a disciplinar nuestra vida
y a caminar por el camino del arrepentimiento.
Líbranos del pecado, fortalécenos en la misericordia,
y ayúdanos a cumplir los mandamientos
que tu amor nos ha dado.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una vez, una mujer dijo:

—No juzgo a nadie, solo me doy cuenta de todo.

Puede parecer inofensivo o incluso gracioso, pero revela algo muy humano: nuestra tendencia a medir, comparar y condenar silenciosamente.

Las lecturas de hoy nos muestran dos espejos.

Uno nos refleja quién es Dios;

el otro nos muestra en quién estamos llamados a convertirnos.

En la primera lectura, el profeta Daniel nos deja una de las oraciones más sinceras de la Escritura.

No hay excusas ni culpables:

—Hemos pecado. Hemos hecho lo malo. Hemos actuado con injusticia.

Y sin embargo, la oración no termina en desesperanza, porque confía en la misericordia:

—Al Señor nuestro Dios le pertenecen la misericordia y el perdón.

Solo cuando sabemos que somos amados podemos ser

honestos;
solo cuando confiamos en la misericordia podemos reconocer nuestras faltas.
La fidelidad de Dios contrasta con nuestra infidelidad, pero Él nunca retira sus manos abiertas.
En el Evangelio, Jesús va más allá.
No nos pide solo aceptar la misericordia de Dios, nos pide **vivirla**:
—Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso.
No: “Intenten ser mejores.”
No: “Juzguen con cuidado.”
Sino: “Sean como Dios.”
Este llamado es profundo.
Es fácil juzgar, condenar o guardar mentalmente los errores de los demás. Vivimos en una cultura rápida para juzgar y lenta para perdonar.
Pero Jesús propone otra lógica:
Den y recibirán; cuanto más demos —compasión, perdón, generosidad— más ricos seremos.
La verdadera riqueza no está en retener, sino en **entregar**.

Compasión, perdón, generosidad: son gestos de entrega.
Y cuando nos damos, abrimos espacio para que Dios nos colme de bendiciones.

Jesús vivió esta verdad por completo.

Dio todo, incluso su vida, y lo que parecía pérdida se convirtió en fuente de vida para el mundo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
al colocar sobre este altar el pan y el vino,
presentemos también al Señor
nuestro deseo de dejar de juzgar,
perdonar como hemos sido perdonados,
y dar sin medida.
Pidamos que nuestro sacrificio y nuestra vida
sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta con humildad los dones que te ofrecemos. Al colocar pan y vino sobre este altar, transforma nuestros corazones en misericordiosos y

generosos, para que nuestras vidas se conviertan en una ofrenda agradable a tus ojos.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en esta Cuaresma
llamas a tu pueblo a la conversión del corazón.

Te revelas rico en misericordia,
lento para la ira y lleno de compasión.

Por tu Hijo, nos enseñas que la verdadera grandeza
no está en juzgar, sino en perdonar;
no en retener, sino en dar generosamente.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles
y con todos los santos,
proclamamos tu gloria,
y sin cesar te aclamamos:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con corazones abiertos por la misericordia
y libres de la carga de llevar cuentas,
recemos con confianza al Padre
que da sin medida y nos llama a hacer lo mismo:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de la dureza de corazón
que juzga, condena y retiene el perdón.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
estemos libres del pecado
y seamos generosos en el amor,
esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, nos mostraste que la verdadera paz nace de
la misericordia, no del juicio,
y que el perdón abre el camino a la vida nueva.
Mira no nuestros pecados,

sino tu compasión que actúa en tu Iglesia,
y concédenos la paz: paz en nuestro corazón,
paz en nuestras relaciones, paz en nuestro mundo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a quien quita el pecado del mundo.
Dichosos los llamados a la mesa del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido la misericordia hecha carne.
Lo que recibimos como don,
ahora somos enviados a compartirlo.
Que esta comunión ensanche nuestro corazón,
para que la generosidad de Dios fluya a través de nosotros
en la vida de los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de compasión, nos has alimentado con el Pan de
Vida. Que la misericordia que hemos recibido
eche raíces en nuestro corazón y dé frutos de perdón,
generosidad y paz. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de misericordia los bendiga,
los libere de la carga de juzgar a los demás,
y les conceda un corazón generoso y compasivo.
Que Cristo, que se dio sin medida,
les enseñe a perdonar como han sido perdonados
y a dar sin contar el costo.
Que el Espíritu Santo ensanche su corazón,
para que reciban la plenitud de Dios
y la derramen en amor a los demás.
Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La misericordia es nuestra fuerza.” — Papa Francisco
Esta semana, deja la libreta.
Da misericordia — y descubre la plenitud de Dios
derramada en tu vida.

Martes de la 2ª Semana de Cuaresma – 03.03.2026

Isaías 1,10.16-20; Mateo 23,1-12

INTRODUCCIÓN

Había una vez un pueblo conocido por su hermosa torre del reloj. Los visitantes la admiraban desde lejos, maravillados por su arte y esplendor. Sin embargo, los habitantes del pueblo conocían una verdad silenciosa: el reloj había dejado de funcionar hace mucho tiempo. Parecía impresionante, pero ya no daba la hora. La gente lo miraba y se asombraba, pero no podía guiar su vida diaria.

De manera semejante, nuestra fe a veces puede parecer admirable ante los ojos de los demás: nuestras palabras suenan santas, nuestras acciones parecen piadosas. Pero si no alcanza el corazón y no transforma nuestra vida, es como ese reloj detenido: bello en apariencia, pero incapaz de guiar.

Las lecturas de hoy nos hablan precisamente de este peligro. Por medio del profeta Isaías, Dios nos advierte contra la adoración vacía y la devoción superficial. En el

Evangelio, Jesús reta a quienes hablan bien pero no viven según sus palabras, mostrando que la verdadera grandeza no viene de la apariencia, el reconocimiento o el estatus, sino del servicio humilde.

La Cuaresma nos invita a examinar no solo lo que decimos que creemos, sino cómo vivimos. Nos llama a que nuestra fe “vuelva a funcionar” —no para mostrar, sino por amor; no por reconocimiento, sino para servir. Nos desafía a cargar las cargas de los demás, a seguir al único Maestro y Señor, Jesucristo, y a caminar humildemente con nuestro único Padre en el cielo. Al reunirnos, abramos el corazón a Aquel que viene no para agobiarnos, sino para darnos descanso y fuerza para servir.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos nuestros pecados, y así preparémonos para celebrar los sagrados misterios. Señor Jesús, Tú eres el único Maestro que nos muestra el camino de la vida. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, viniste no para cargarnos, sino para llevar nuestras cargas con nosotros. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, te humillaste para servir a todos y levantar a los humildes. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia,
que nos llama de las palabras vacías a los actos fieles,
nos perdone nuestros pecados,
nos libere de todo orgullo falso y carga innecesaria,
y nos guíe nuevamente por el camino del servicio humilde,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor nuestro Dios,
protege a tu Iglesia y no la abandones.
Sin Ti perecemos,
y sujetos a la debilidad fácilmente nos perdemos.
Límpianos de lo que nos daña,
enséñanos a caminar en humildad y verdad,
y guíanos hacia lo que conduce a la salvación.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre debía cruzar un río con una pesada carga sobre sus hombros. Un extraño le ofreció ayuda, pero él la rechazó —no porque la carga fuera valiosa, sino porque quería demostrar su fuerza. Al final, agotado, cayó. La carga nunca estaba destinada a ser admirada; estaba destinada a ser compartida.

Esta imagen nos ayuda a comprender las lecturas de hoy. Jesús habla con firmeza a los líderes religiosos que hablan bien pero no viven bien, que imponen cargas pesadas y ni siquiera extienden un dedo para ayudar. Isaías habla con la misma fuerza, recordando al pueblo que la adoración sin justicia, la oración sin conversión, son ruidos vacíos ante Dios.

El problema que Jesús denuncia no está en la Ley en sí; los mandamientos de Dios siguen siendo santos y dadores de vida. El peligro está en convertir la fe en un espectáculo, la autoridad en orgullo, y la religión en carga en lugar de bendición. Jesús dice claramente: “Haced lo que ellos os dicen, pero no imitáis sus obras.” La palabra

de Dios permanece verdadera incluso cuando sus siervos fallan.

Una y otra vez, el Evangelio nos muestra un camino distinto. Jesús no añade peso a los hombros cansados; invita a los fatigados a venir a Él para descansar. Él mismo acepta la carga más pesada: la de nuestros pecados, sufrimientos y enemistades —y la lleva hasta la cruz. La ley de Cristo no es para imponer cargas, sino para aliviarlas. Como descubrió San Pablo, incluso en cadenas, “todo lo puedo en Aquel que me fortalece.”

Jesús también nos desafía a nuestra sed de reconocimiento. Títulos, honores, puestos importantes — todas las edades, incluida la nuestra, caen en esta tentación. Pero en la familia de la fe solo hay un Padre y un Maestro. Todos somos aprendices. Todos somos hermanos y hermanas. La grandeza en la Iglesia no se mide por estatus, sino por servicio.

La Cuaresma nos llama a revisar no solo lo que creemos, sino cómo vivimos:

- ¿Mis palabras coinciden con mis acciones?

- ¿Hago la fe más ligera para los demás, o más pesada?
- ¿Busco reconocimiento o sirvo silenciosamente?

La fe que se convierte en servicio da vida. Cuando la autoridad se convierte en amor, cuando las cargas se comparten, el Evangelio verdaderamente cobra vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oremos, hermanos y hermanas,
para que nuestro sacrificio se convierta en una ofrenda de servicio humilde, agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor,
estos dones que te presentamos.
Líbranos de los ritos vacíos
y convierte nuestra vida en una ofrenda viva,
para que lo que celebramos en este altar
se haga realidad en obras de justicia, misericordia y amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque llamas a tu pueblo no al espectáculo externo,
sino a corazones renovados en humildad y verdad.
En tu Hijo, Jesucristo,
nos revelaste el camino del servicio,
la sabiduría de la cruz,
y la grandeza del amor entregado.
Él no buscó honor,
sino que se vació por nosotros,
para que, libres del orgullo y del miedo,
pudiéramos vivir como hermanos y hermanas,
sirviéndonos unos a otros con caridad.
Y así, con los Ángeles y Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los ejércitos y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
aclamando sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Al mandato del único Maestro,
que levanta nuestras cargas
y nos llama hermanos y hermanas,
nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal,
especialmente del orgullo y la religión vacía.
Libéranos de las cargas que nos imponemos unos a otros,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, con tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado
y seguros de todo peligro,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, nos enseñaste que la verdadera
grandeza se encuentra en el servicio
y la verdadera paz en la humildad.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,

y concédele con gracia unidad y paz
según tu voluntad.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que se humilló para servir y
cargar nuestras cargas.

Bienaventurados los llamados a participar en su mesa,
donde los últimos son los primeros,
el servidor es exaltado,

y todos los que vienen con corazón humilde son
alimentados y fortalecidos para servir a los demás.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir al Señor que se arrodilló para servir,
que su presencia en nosotros
nos haga más ligeros para los demás,
más compasivos en el juicio y generosos en el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por este sacramento, Señor,
renueva nuestros corazones y fortalece nuestros pasos.
Que lo que hemos recibido en la fe

se haga visible en nuestra vida diaria,
para que, libres de apariencias vacías,
podamos caminar humildemente contigo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que ve el corazón
os bendiga y os libere de todo orgullo falso.
Que Cristo, el Siervo humilde,
os enseñe a levantar las cargas de los demás.
Que el Espíritu Santo
forme vuestra vida en un regalo de servicio amoroso.
Y que Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, ✠ y Espíritu Santo, os bendiga. Amén.

DESPEDIDA

Id en paz, glorificando al Señor con vuestra vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe que sirve se vuelve ligera.
La humildad no es pérdida de dignidad —
es el camino que nos lleva a casa.

Miércoles de la 2.^a Semana de Cuaresma – 4 de marzo de 2026 - Jer 18,18-20; Mt 20,17-28

INTRODUCCIÓN

Hemos respondido a la invitación de Jesús y nos hemos reunido para celebrar esta Eucaristía. Aquí queremos escuchar atentamente lo que Él desea decirnos: en su Palabra proclamada en las Sagradas Escrituras, en el compartir del pan, en nuestra oración y canto comunitario. Pedimos que nuestros corazones y mentes, nuestras almas y sentidos, estén abiertos a la presencia de Dios.

A medida que Jesús continúa su camino hacia Jerusalén, la sombra de la cruz comienza a dibujarse más claramente en el camino por delante. Por primera vez en un día entre semana de este tiempo de Cuaresma, habla abiertamente de su sufrimiento, su muerte y su resurrección. Sin embargo, el momento aún no ha llegado por completo. Jesús prepara a sus discípulos, aunque ellos aún no comprenden. Sus corazones están ocupados con preocupaciones muy humanas: éxito, reconocimiento y posición.

Una mujer, en un pequeño pueblo, enseñaba a sus hijos la importancia de ayudar a los demás. Cada día, les pedía que compartieran lo que tenían con quienes no tenían nada. Un día, uno de los niños le preguntó: “¿Por qué debemos dar sin esperar nada a cambio?” Ella respondió sonriendo: “Porque lo que sembramos en amor crece más allá de nosotros mismos, y así nos acercamos a Dios.”

Nos pasa algo parecido: los deseos humanos pueden nublar nuestra visión y distraernos de lo que realmente importa. La Cuaresma nos invita a caminar más cerca de Jesús, a soltar nuestra necesidad de estatus y control, y a redescubrir la grandeza del servicio humilde. Al comenzar esta Eucaristía, pongámonos sinceramente ante el Señor, dispuestos a aprender nuevamente a seguirlo.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas,
el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir,
y a dar su vida por muchos.
Reconozcamos ante Dios las veces que nos resistimos a
ese camino y pidamos la misericordia que nos restaura.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Señor nuestro Dios,
enviaste a tu Hijo para servir y no para dominar,
para dar su vida por amor y no para aferrarse al poder.
Perdónanos cuando buscamos honor en lugar de
humildad, reconocimiento en lugar de servicio,
nuestro propio camino en lugar del camino de la cruz.
Crea en nosotros un corazón de siervo,
y guíanos de nuevo por el camino de la vida,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor nuestro Dios,
mantén a tu Iglesia dispuesta y capaz de hacer el bien.
Anímalas con tu protección en esta vida
y guíanos hacia los bienes eternos que prometes.
Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre mayor en una aldea cuidaba del huerto de su comunidad. Cada mañana regaba las plantas, limpiaba los senderos y ayudaba a quien lo necesitaba, sin esperar recompensa. Los vecinos lo veían con asombro y preguntaban: “¿Por qué te esfuerzas tanto si nadie reconoce tu trabajo?” Él respondía: “Porque cuidar de los demás es la manera de acercarme a Dios.”

Esa imagen nos ayuda a comprender las lecturas de hoy. Mientras Jesús camina hacia Jerusalén, habla nuevamente de su sufrimiento, muerte y resurrección. Pero los discípulos no lo escuchan. Sus pensamientos están fijados en la grandeza, el estatus y el poder. Santiago y Juan, a través de su madre, piden los mejores lugares en el reino, y los otros sienten celos. Todos piensan en términos mundanos.

Jesús los corrige con suavidad pero con firmeza. La verdadera grandeza, dice, no consiste en mandar sino en servir. El Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos. Este es el

legado que nos ofrece —y que nos ofrece hoy—: la grandeza del servicio.

La primera lectura de Jeremías muestra el costo de la fidelidad. Jeremías pregunta: “¿Se devuelve el mal por el bien?” Habla la palabra de Dios por amor a su pueblo, pero ellos conspiran contra él. La justicia, especialmente cuando llama a la conversión, a menudo enfrenta resistencia. La paz se funda en la justicia, pero la justicia incomoda a veces.

Jesús se sitúa plenamente en esa tradición profética. Vive la justicia y el amor de Dios sin concesiones, y por ello es crucificado. El mal se devuelve por bien. Pero el Evangelio nos asegura que esto no es el final. La resurrección proclama que el bien, al final, tendrá siempre la última palabra.

Los discípulos luchan por aceptar esto. Imaginan un reino de honor y recompensa. Jesús les pregunta: “¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber?” Seguirlo significa compartir su camino de servicio, incluso cuando lleva a la

cruz. La fidelidad a Cristo no conduce rápidamente al privilegio, pero sí conduce a la vida.

Nos reconocemos en los discípulos. También nosotros podemos buscar reconocimiento más que servicio. La Cuaresma nos invita a seguir aprendiendo, alejándonos de ese instinto y acercándonos al camino de Jesús, un camino que solo podemos recorrer con la ayuda del Espíritu.

El ejemplo de la mujer del huerto nos recuerda la grandeza que Jesús habla hoy: la grandeza del servicio. Que, en nuestro camino cuaresmal, aprendamos a arrodillarnos con Cristo, confiando en que en el reino de Dios, este es el camino que conduce a la vida verdadera.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al colocar el pan y el vino sobre este altar, ofrezcamos también nuestra vida: nuestro deseo de seguir a Cristo con humildad, servicio y amor.

Oremos para que estos dones nos transformen en siervos del reino de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
que estos dones que te presentamos
sean transformados en sacramento de salvación.
Enséñanos, a través de esta Eucaristía,
a entregarnos como Cristo se entregó:
libremente, con humildad y en amor,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, a través del ayuno salvador de la Cuaresma,
nos llamas a la simplicidad del Evangelio,
nos enseñas a vencer el egoísmo
y nos guías hacia la libertad del servicio amoroso.
Al caminar con tu Hijo hacia Jerusalén,
aprendemos que la verdadera grandeza
se encuentra no en el poder sino en el amor que se
entrega, no en ser servidos sino en servir a los demás.

Y por eso, con los ángeles y arcángeles,
con tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
aclamando sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

A ejemplo de nuestro Salvador,
formados por su amor entregado,
atrevámonos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal.
Libéranos del deseo de dominar o de ser honrados,
y concédenos la paz que nace del servicio humilde.
Mientras esperamos con esperanza la venida de tu reino,
ayúdanos a caminar fielmente por el camino de tu Hijo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, enseñaste a tus discípulos
que la grandeza se encuentra en servir a los demás.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos la paz: no la paz del poder,
sino la paz que nace de la justicia, la humildad y el amor.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que no vino a ser servido sino a servir,
y a dar su vida por muchos.
Bienaventurados los llamados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo de Cristo,
recibimos a Aquel que se arrodilló para servir,
que aceptó el cáliz del sufrimiento
y confió plenamente en el Padre.
Que esta comunión nos fortalezca
para vivir la grandeza de la fidelidad silenciosa
en nuestra vida cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, nos has alimentado con el pan de vida.
Que esta Eucaristía transforme nuestro corazón,
para que sigamos a tu Hijo no en la búsqueda de honor,
sino en la alegría del servicio humilde.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios Padre te bendiga
y te enseñe la sabiduría de la humildad. Amén.
Que Cristo el Siervo te fortalezca
para caminar en el camino del amor que se entrega.
Amén.
Que el Espíritu Santo te guíe
en el servicio fiel y el valor silencioso. Amén.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera grandeza no se mide por el lugar que buscamos,
sino por el amor que damos.

Jueves de la 2.^a Semana de Cuaresma – 05.03.2026

Jeremías 17,5–10; Lucas 16,19–31

INTRODUCCIÓN

Confianto en nuestro Dios, que conoce nuestro corazón y examina todos nuestros caminos, nos hemos reunido para encontrarnos con Él en su Palabra y en el Pan de Vida. Venimos con toda nuestra vida ante Él: nuestra fe y nuestras dudas, nuestra generosidad y nuestros puntos ciegos, seguros de que nada de nosotros queda oculto a su mirada amorosa.

Muchos de nosotros conocemos un sistema de navegación en un automóvil. Normalmente nos guía suavemente hacia nuestro destino. Pero cuando tomamos un desvío equivocado o seguimos obstinadamente por un camino que no lleva a ningún lado, no nos abandona. Con calma, y a veces con firmeza, nos indica dar la vuelta y empezar de nuevo. La Cuaresma se parece mucho a esa voz: no está para reprocharnos, sino para salvarnos de callejones sin salida y destinos perdidos.

Las lecturas de hoy nos invitan a mirar con honestidad hacia dónde dirigimos nuestra confianza y en qué centramos nuestra atención. ¿En quién confiamos? ¿Dónde ponemos nuestra seguridad? ¿Y a quién dejamos de notar en el camino? La Palabra de Dios nos desafía suavemente a permitir que nuestros corazones sean examinados y nuestros caminos corregidos, para que nadie quede invisible en nuestra puerta.

Al iniciar esta celebración, abramos nuestro corazón al Señor que nos examina, nos corrige y nos guía de nuevo por el camino que conduce a la vida.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, el Señor no ve solo nuestras acciones, sino también las intenciones de nuestro corazón. Reconozcamos ante Él las veces que hemos confiado más en nosotros mismos que en Dios y hemos pasado de largo frente a los necesitados.

Señor Jesús, te acercas a los olvidados y a los ignorados. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas a escuchar la Palabra que conduce a la vida. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, examinas nuestro corazón y nos invitas a volver a ti. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que examina nuestro corazón y conoce nuestros caminos,
nos haga volver de los senderos que alejan de la vida,
abra nuestros ojos a los que están en nuestra puerta,
y perdone nuestros pecados,
para que podamos caminar nuevamente con confianza,
compasión y amor.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios Santo, tú amas la inocencia y la restauras
al pecador que vuelve a ti con corazón arrepentido.
Vuelve nuestros corazones hacia ti
y danos nuevo fervor por medio del Espíritu Santo,
para que permanezcamos firmes en la fe
y siempre dispuestos a hacer el bien.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre se encontraba todos los días con un anciano sentado en el parque, quien pedía limosna. Durante años pasó de largo sin notarlo. Un día, después de una noche de insomnio, se detuvo, le dio algo de comer y escuchó su historia. Más tarde comentó: “Nada cambió en mi camino, solo cambió mi atención.” Ese pequeño gesto transformó para siempre su manera de vivir el día a día.

La cuestión de ricos y pobres, de quién es visto y quién ignorado, es tan antigua como la humanidad. Jesús la aborda con claridad en la parábola del hombre rico y Lázaro. El hombre rico no es condenado por su riqueza, sino por negarse a escuchar: ignoró el clamor a su puerta y la Palabra de Dios transmitida por Moisés y los profetas. Lázaro pide muy poco, apenas migajas, solo lo suficiente para sobrevivir un poco más. El hombre rico no hace nada.

Su falla no es un mal dramático, sino una indiferencia silenciosa.

La primera lectura nos lo recuerda: “Maldito quien confía en los hombres y cuyo corazón se aparta del Señor.” Esto no rechaza la confianza humana saludable que todos necesitamos para vivir, sino que advierte sobre depender solo de nosotros mismos, de nuestro confort o de nuestro mundo cerrado. Cuando se pierde la confianza en Dios, los corazones se enfrían, otros se vuelven invisibles y se abre un abismo, a veces justo frente a nuestra puerta.

Jesús nos recuerda que los signos y milagros no nos salvarán si nos negamos a escuchar. Ni siquiera una resurrección convencerá a quien se ha entrenado para no oír. Lo que nos salva es escuchar la Palabra de Dios y permitir que transforme nuestra vida. Esa Palabra nos llama a notar, a prestar atención y a hacer lo poco que esté a nuestro alcance. A menudo no se nos pide un gran gesto, sino un acto sencillo: una amabilidad, compartir, estar presentes. Dios, como dice el profeta Jeremías, recompensa a cada uno según su forma de vivir.

Termino con otra historia: tras una tragedia en una comunidad, un periodista preguntó a una voluntaria por qué seguía día tras día repartiendo alimentos y mantas. Ella respondió: “No puedo arreglarlo todo, pero puedo estar en la puerta y asegurarme de que alguien sea visto.” Esa es la invitación del Evangelio de hoy: confiar en Dios lo suficiente para que su Palabra abra nuestros ojos, recorrer la pequeña distancia que nos separa de los demás y realizar los pequeños actos de amor que hacen de la puerta un lugar de vida y no de silencio.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiando no en nosotros mismos sino en el Señor que ve el corazón, presentemos ante Él el pan y el vino, y con ellos toda nuestra vida, pidiendo que lo que ofrecemos se transforme para el bien de los demás y la gloria de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de compasión, recibe estas ofrendas
y con ellas el deseo de nuestro corazón
de vivir según tu Palabra.

Líbranos de la indiferencia, enséñanos a notar a los

necesitados

y transforma nuestra vida en un regalo de amor,
para que este sacrificio dé fruto en obras de justicia y
misericordia.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú examinas el corazón humano

y nos llamas a volver cuando nos desviamos del camino
de la vida.

Por medio de las palabras de los profetas

y la enseñanza de tu Hijo,

nos invitas a confiar no en seguridades pasajeras,
sino en ti, fuente de toda vida.

En esta santa temporada de Cuaresma,

abres nuestros ojos a los que están a nuestra puerta,
desafías nuestra indiferencia

y nos enseñas que la verdadera riqueza

se encuentra en la compasión, la escucha y la misericordia.

Por eso, con los ángeles y arcángeles
y todos los santos, proclamamos tu gloria
y nos unimos a su cántico sin fin:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos que confían no en sí mismos
sino en un Padre amoroso y fiel, recemos con confianza
las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de corazones que se enfrían
y oídos que se niegan a escuchar.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
estemos libres del pecado y seguros de todo peligro,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú cruzaste toda distancia para traernos
vida y paz.

No mires nuestra indiferencia y miedo,
sino la fe de tu Iglesia
y concédele con gracia la paz y unidad según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que cruza toda puerta para encontrarnos,
y quita el pecado del mundo.
Bienaventurados los invitados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos sido alimentados con el Pan de Vida.
El Señor que recibimos nos envía de nuevo al mundo
con los ojos abiertos y el corazón suavizado.
Que esta comunión nos ayude a notar a aquellos que
antes pasábamos de largo y a confiar en Dios lo suficiente
para realizar los pequeños actos de amor que conducen a
la vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia, nos has fortalecido con este sacramento de vida.

Que lo que hemos recibido

dé fruto en corazones atentos y manos generosas,

para que, confiando solo en ti,

nos convirtamos en signos de tu compasión

en un mundo que anhela ser visto.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que examina tu corazón y conoce tus caminos,

dirija tus pasos hacia la vida y la misericordia. Amén.

Que Cristo, que se encuentra en cada puerta frente a los

pobres y olvidados,

abra tus ojos y suavice tu corazón. Amén.

Que el Espíritu Santo, que renueva todas las cosas,

te dé valor para confiar, escuchar y actuar con amor.

Amén.

Y que Dios todopoderoso te bendiga,

el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en el Señor

y atentos a quienes necesitan de su cuidado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Nada de nuestro camino puede cambiar esta semana,

pero nuestra atención sí puede.

Confiar en Dios abre nuestros ojos

y convierte cada puerta en un lugar donde la vida puede

comenzar.

Viernes de la 2.^a semana de Cuaresma – 06.03.2026

Gen 37,3–4.12–13.17–28; Mt 21,33–43.45–46

INTRODUCCIÓN

En un pequeño pueblo había una campana con una grieta que la atravesaba de arriba a abajo. Su sonido era irregular y hasta chocante. Muchos vecinos querían reemplazarla por una campana perfecta, pero el campanero se negó. “Escuchen bien —dijo—, ese sonido quebrado llega más lejos que cualquier campana perfecta.” Y, efectivamente, se escuchaba a través de los campos, los valles e incluso el bosque; alcanzaba lugares donde ninguna campana perfecta podría. Lo que parecía defectuoso se convirtió en el instrumento que unía a la gente.

Quizá ustedes también hayan vivido algo parecido. Un proyecto que amaban fracasó. Una relación terminó. Una puerta que pensaban cerrada solo dejó vacío. Sin embargo, con el tiempo, se dieron cuenta de que lo que antes rechazaban se volvió el camino para crecer, comprender o incluso para encontrar alegría.

Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre esta misma paradoja de la sabiduría de Dios. José es rechazado y traicionado por sus hermanos, y sin embargo se convierte en instrumento de salvación para muchos. El hijo de la viña es asesinado por los arrendatarios, y aún así se convierte en la piedra angular del Reino de Dios. Los celos, el miedo y la violencia humana no pueden frustrar el plan divino.

Al reunirnos hoy, se nos invita a preguntarnos: ¿cómo respondemos a las invitaciones de Dios, especialmente cuando nos desafían, cuando llegan de manera inesperada o incómoda, o cuando parecen exigir sacrificio? La Cuaresma es un tiempo para pausar y examinar nuestro corazón, para notar dónde resistimos la extraña sabiduría de Dios, y para confiar en que incluso las grietas en nuestra vida pueden dar fruto si las ponemos en sus manos.

ACTO PENITENCIAL

Detengámonos y examinemos nuestro corazón ante el Señor, que nunca abandona su viña.

- Señor Jesús, fuiste rechazado por los tuyos y, sin embargo, permaneciste fiel a la voluntad del Padre. **Señor, ten piedad.**
- Cristo Jesús, nos llamas a dar fruto incluso cuando el camino pasa por el sufrimiento. **Cristo, ten piedad.**
- Señor Jesús, eres la piedra angular que a menudo hemos ignorado. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que hace brotar la vida del rechazo y la esperanza de la cruz,
perdone nuestros pecados, ablande nuestros corazones endurecidos
y nos restaure como trabajadores fieles en su viña.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, tú limpias y renuevas a tu pueblo mientras camina por el camino de la conversión.
Líbranos de la envidia, el miedo y la dureza de corazón, para que podamos acoger a tu Hijo y dar fruto para tu Reino.
Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Había una vez un hombre que, al contemplar su jardín descuidado, se sorprendió de ver que incluso entre las piedras rotas y la tierra dura, algunas flores habían florecido. Él nunca había plantado allí, pero la vida había encontrado su camino.

Dios actúa de manera parecida. Su sabiduría no se parece a la humana y a menudo utiliza lo que parece inútil para realizar su plan. Las lecturas de hoy nos muestran dos historias difíciles: José, rechazado por sus hermanos, y el hijo del propietario de la viña, asesinado por los

arrendatarios. Ambas son historias de envidia, rechazo y violencia, y sin embargo se transforman en historias de salvación.

José es traicionado porque es amado. Los celos llevan a sus hermanos a venderlo como esclavo. Desde toda perspectiva humana, su vida parecía arruinada. Pero ese mismo rechazo se convierte en el camino por el que Dios salva a muchos. Quien fue despreciado llega a alimentar a su familia en tiempos de hambre. La piedra rechazada por los constructores se convierte en la piedra angular.

Jesús cuenta una parábola aún más dura. Los arrendatarios de la viña se niegan a dar frutos, abusan de los mensajeros y finalmente matan al hijo. Jesús habla de sí mismo, y sus oyentes lo comprenden. Aun así, no se arrepienten. En esto vemos la sabiduría del sufrimiento: por la muerte de uno, Dios da vida a todos. Lo que parece fracaso total se convierte en fundamento de esperanza. Cristo crucificado, rechazado y expulsado, es levantado como piedra angular en quien podemos confiar.

Esto no se trata solo de José o de Jesús de hace siglos.

Nos habla a nosotros. La envidia sigue moviendo nuestras acciones. El miedo nos hace rechazar personas o situaciones a través de las cuales Dios quiere actuar. La Cuaresma nos invita a mirar honestamente dónde resistimos la extraña sabiduría de Dios. A diferencia de los arrendatarios malvados, se nos invita a no rechazar al Hijo, sino a seguirlo, confiando en que incluso los caminos difíciles pueden dar fruto. Lo demás es obra de Dios. Él no abandona su viña, y no nos abandona a nosotros.

Conocí a una mujer que fue despedida de su trabajo de forma humillante. Durante mucho tiempo solo vio pérdida. Años después dijo: “Ese rechazo me llevó a un camino que nunca habría elegido, pero se convirtió en el lugar donde descubrí quién era realmente.” Lo que había rechazado como desastre se volvió un punto de gracia.

Esa es la promesa para nosotros hoy. La piedra rechazada puede ser la piedra angular. La campana quebrada aún puede llamar a la gente a casa. Si confiamos en la sabiduría de Dios, incluso la cruz puede convertirse en puerta hacia la vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oremos, hermanos y hermanas,
para que nuestra ofrenda —como nuestra vida—
sea puesta en las manos de Dios,
y lo que parece débil o roto
pueda dar fruto para el Reino.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones
y también nuestra fe herida y nuestras esperanzas
frágiles. Transfórmalos por tu gracia,
para que, unidos al sacrificio de tu Hijo,
sean fuente de vida para el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO: La Sabiduría de la Cruz

En verdad es justo y necesario,
nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu misteriosa sabiduría
escogiste lo que el mundo rechaza

para revelar el poder de tu amor.

Cuando tu Hijo fue rechazado y puesto a muerte,
lo levantaste como piedra angular de la salvación,
y del madero de la cruz

brotaron los frutos de la vida eterna.

En nuestro camino cuaresmal,
nos llamas a confiar no en el éxito humano
sino en el poder transformador de tu gracia,
para que, siguiendo a tu Hijo con humildad y fe,
participemos de su resurrección.

Y así, con los ángeles y los santos,
con todos los que confiaron en tu obra salvadora,
proclamamos tu gloria, cantando:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN A LA ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre
que hace brotar la vida del rechazo
y nunca abandona su viña,
recemos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de los corazones endurecidos y los
espíritus celosos.

Libéranos del miedo que resiste tus caminos,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
demos fruto en paciencia y esperanza,
mientras esperamos la venida de nuestro Salvador,
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
fuiste rechazado y expulsado,
y sin embargo desde tu cruz hablaste paz.
No mires nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele unidad y paz,
según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
el Hijo que fue rechazado
y se convirtió en la piedra angular de nuestra salvación.
Bienaventurados los llamados
a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía,
la piedra rechazada ha sido puesta en nuestras manos.
El quebrado se ha convertido en nuestra fuerza.
Al salir de esta mesa,
confiemos en que Dios sigue actuando,
incluso en lo que parece frágil, incompleto o roto.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia, nos has alimentado
con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo.
Fortalécenos para caminar por el camino de la confianza,
para que nuestra vida dé fruto
incluso a través de la lucha y la entrega.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que hace brotar la vida del rechazo,
los bendiga y los guarde.

Que Cristo, la piedra angular una vez despreciada,
fortalezca su fe y esperanza.

Que el Espíritu Santo les enseñe a confiar en la
sabiduría de Dios,
incluso cuando el camino pase por la cruz.

Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. **Amén.**

DESPEDIDA

Vayan en paz, a dar fruto en paciencia y confianza.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que hoy estás tentado a rechazar
puede ser precisamente el lugar
donde Dios está formando nueva vida.

Sábado de la 2.^a Semana de Cuaresma – 7 de marzo de 2026

Miqueas 7,14–15.18–20; Lucas 15,1–3.11–32

INTRODUCCIÓN

A veces, especialmente en los días previos a la Pascua, notamos dos actitudes diferentes entre las personas. Algunas se sienten abrumadas por el peso de sus errores, creyéndose indignas de la misericordia de Dios. Otras parecen seguras de que no necesitan conversión, pensando que sus vidas ya están en orden. ¿Cuál de estas actitudes es la correcta?

Una madre compartió una historia que nos ayuda a comprender el Evangelio de hoy. Su hijo se había ido de casa años antes, enojado y sin decir adiós. Por la noche, ella se paraba en la puerta, imaginando pasos en el camino y esperando su regreso. Una tarde, finalmente escuchó esos pasos. Abrió la puerta y lo abrazó. El pasado no desapareció, pero había comenzado algo nuevo.

La parábola de Jesús sobre el hijo pródigo nos dice lo mismo. Volver a Dios no requiere perfección ni gestos heroicos; comienza con el paso más pequeño, incluso desde la necesidad o el fracaso. Dios nos encuentra donde estamos, corre a abrazarnos y nos invita a compartir la alegría de su casa. Hoy, abramos nuestros corazones a esa misericordia, confiando en que siempre está listo para recibirnos en casa.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos nuestros pecados y preparemos nuestro corazón para celebrar los sagrados misterios.

Señor Jesucristo, tú eres el camino al Padre.

Señor, ten piedad.

Tú eres el compañero de tus discípulos.

Cristo, ten piedad.

Tú eres vida y luz para nuestro caminar.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Padre de misericordia,
que vela por nuestro regreso
y sale a nuestro encuentro con amor,
nos perdone nuestros pecados,
sane lo herido en nuestro interior
y nos devuelva la alegría de su casa. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios bondadoso, por la acción de tu gracia nos das ya en esta tierra el inicio de la vida eterna. Completa en nosotros lo que has comenzado y guíanos hacia esa luz en la que tú habitas. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Una vez, una madre contó que se paraba en la puerta de su casa tarde en la noche, mucho después de que las luces se apagaran. Su hijo se había ido años antes, enojado. Sin despedida, sin dirección, sin teléfono. De vez en cuando, ella volvía a esa puerta, especialmente cuando todo estaba tranquilo, imaginando pasos en el camino. Los

padres conocen esa mezcla de amor, miedo, enojo y esperanza indefensa. Al escuchar el Evangelio de hoy, muchos de esos sentimientos surgen inmediatamente en nuestro corazón.

Jesús cuenta una historia que las familias, de entonces y de ahora, entienden muy bien. Un hijo toma lo que le dan, se aleja y todo se derrumba. Su caída es total: hambre, vergüenza y trabajos que le quitan la dignidad. Sin embargo, incluso entonces, su primer paso hacia el hogar no es un arrepentimiento heroico, sino una necesidad simple: tiene hambre. Ese frágil giro es suficiente. La sorpresa de la parábola no es el regreso del hijo, sino la respuesta del padre. Corre, lo abraza y lo besa antes de que se den explicaciones. En ese instante, las defensas del hijo se desmoronan. La misericordia despierta el verdadero arrepentimiento. Descubre que su fracaso no tiene la última palabra; el amor sí.

El hijo mayor está cerca, obediente pero distante. Ha permanecido, ha trabajado, pero su corazón se ha

endurecido. El deber sin gratitud se convierte en resentimiento. El padre también sale a su encuentro, habla con suavidad e invita a entrar. Este es el verdadero sentido de la parábola: el amor de Dios no se gana por la rebeldía ni por la obediencia. Se da libremente a ambos. Dios no es un juez severo que espera decir “te lo dije”, ni una figura débil que ignora la verdad. Conoce el corazón de los dos hijos y los encuentra donde están, siempre con el mismo objetivo: la vida en la casa del Padre.

Durante la Cuaresma escuchamos el llamado a la conversión, y esta historia nos muestra cómo es. A veces la conversión comienza en el barro, a veces en la ira propia. Lo importante es volver a casa. Incluso los desvíos y fracasos no nos descalifican. El amor de Dios es más grande y ya se dirige hacia nosotros.

La madre en la puerta cuenta el final de su historia en silencio. Una noche escuchó los pasos. Su hijo estaba allí, más delgado, más viejo, inseguro de ser recibido. No pidió explicaciones. Abrió la puerta y lo abrazó. Esa noche no

borró el pasado, pero les dio un futuro. Jesús nos dice hoy: así es Dios. La pregunta que queda abierta no es sobre el Padre, sino sobre nosotros. ¿Nos dejaremos encontrar y nos uniremos al banquete?

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Coloquemos en el altar no solo el pan y el vino, sino también nuestro deseo de volver a Dios, confiando en que Él recibe cada paso sincero de regreso a casa.

Oremos para que este sacrificio sea agradable a Dios, el Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Padre misericordioso,
al ofrecer estos dones de pan y vino sobre tu altar,
te ofrecemos también nuestros corazones inquietos,
nuestros fracasos y nuestra fidelidad,
nuestro anhelo de volver a ti y nuestra lucha por permanecer cerca.

Acéptanos como aceptaste al hijo que regresaba:

no con reproche, sino con compasión.

Que este sacrificio reconcilie lo que está dividido en nosotros,
ablande los corazones endurecidos por el resentimiento o el miedo
y nos devuelva la alegría de vivir en tu presencia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia infinita
nunca dejas de llamar a tus hijos a casa.
Cuando nos alejamos de ti,
no te vuelves con ira, sino que esperas con amor paciente,
vigilando el camino y deseando nuestro regreso.

En tu Hijo, Jesucristo, has revelado un amor
que sale a recibir a los perdidos,
restaura la dignidad de los quebrantados

e invita tanto al arrepentido como al resentido
a compartir la alegría de tu casa.
Por él, el fracaso no tiene la última palabra
y la obediencia se transforma en gratitud y gozo.

Al recorrer esta santa Cuaresma,
enséñanos que la verdadera conversión
no depende de la perfección,
sino de volver nuestro corazón hacia ti
y confiar en tu misericordia.

Y así, con Ángeles y Arcángeles,
con Tronos y Dominaciones,
y con todos los ejércitos celestiales,
cantamos el himno de tu gloria
y sin cesar proclamamos: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos e hijas acogidos por el Padre,
y confiados en su misericordia que nos restaura,
recemos con confianza la oración
que Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de los corazones cerrados por el miedo o el
resentimiento.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
seamos libres del pecado
y vivamos como hijos e hijas reconciliados,
esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú reconcilias a los que están lejos
y reúnes en un solo hogar
a los divididos por el pecado y el orgullo.
No mires nuestros fracasos,
sino tu misericordia obrando en tu Iglesia,
y concédenos la paz
que nace de ser recibidos en casa. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí a Jesucristo,
el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo
y reúne a los perdidos en la alegría de la casa del Padre.
Bienaventurados los llamados al banquete del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Todos conocemos la historia del hijo pródigo. Al recibir esta Eucaristía, recordemos que la misericordia de Dios nos encuentra antes de hablar, nos abraza antes de actuar y nos llama a la alegría antes de sentirnos dignos.
Llevemos hoy esta gracia en el corazón y avancemos con esperanza, llevando a otros a la mesa del amor de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre compasivo,
nos has alimentado en tu mesa
con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
signos del amor que nos busca
incluso antes de que podamos confesar.

Fortalece en nosotros la gracia recibida,
para que, sanados por tu misericordia,
nos levantemos y continuemos el camino a casa.
Líbranos del resentimiento que nos mantiene fuera del banquete,
y haznos testigos de tu compasión,
dispuestos a abrir la puerta a otros
como tú la abriste para nosotros.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de misericordia,
que sale a recibir a todos los que se vuelven a Él,
te libre del miedo y del resentimiento,
te vista de perdón
y te conduzca siempre a la alegría de su casa.
Y que Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, te bendiga. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios siempre corre hacia nosotros, incluso cuando nos sentimos lejos de casa. Hoy, demos ese primer pequeño paso hacia Él, confiando en que cada desvío, fracaso o duda puede formar parte de nuestro alegre regreso.